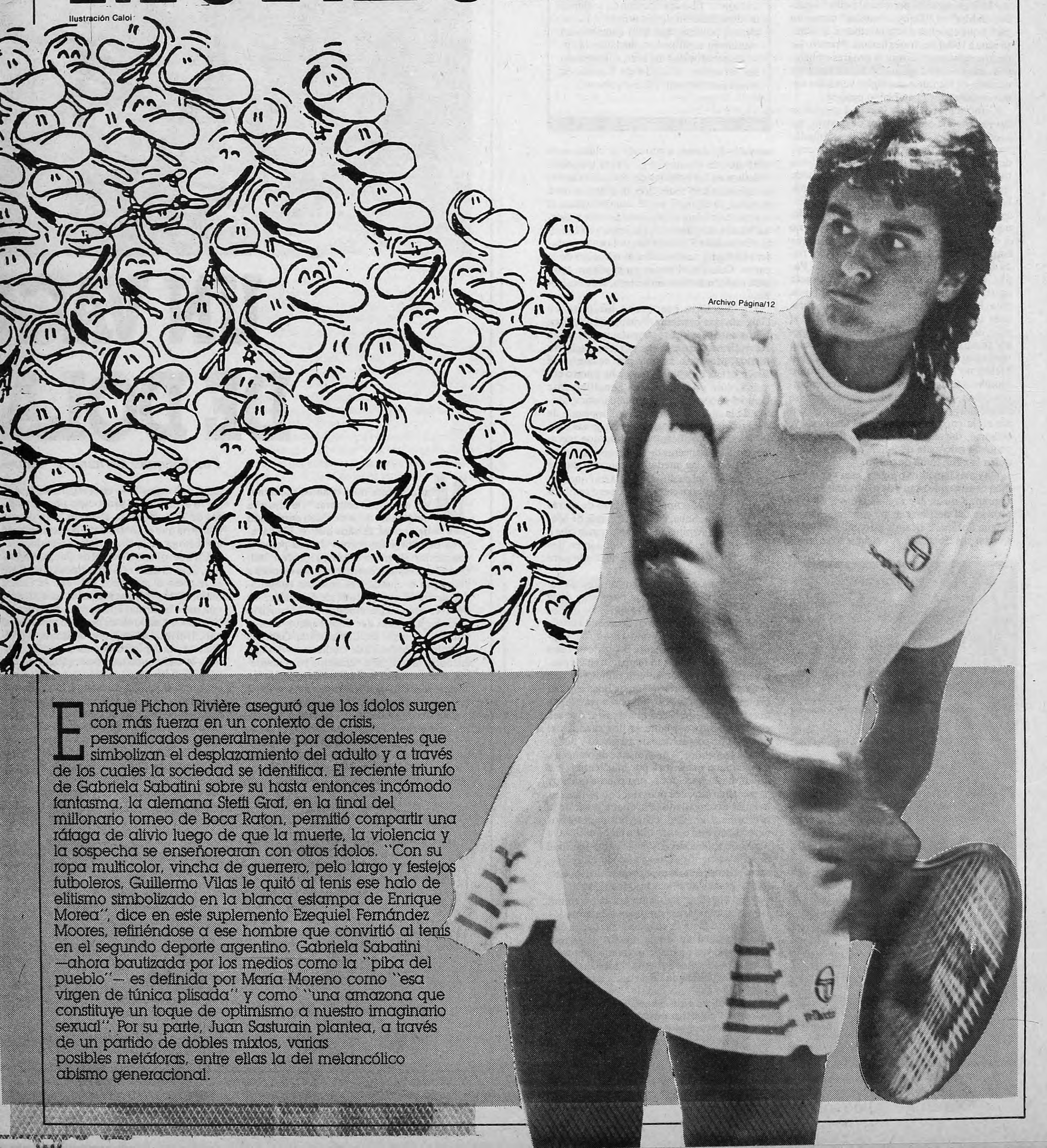
CULTURAS
Página/12

GABRIELA SABATINI
MUÑECA BRAVA

Ilustración Caloi



Archivo Página/12

Enrique Pichon Rivière aseguró que los ídolos surgen con más fuerza en un contexto de crisis, personificados generalmente por adolescentes que simbolizan el desplazamiento del adulto y a través de los cuales la sociedad se identifica. El reciente triunfo de Gabriela Sabatini sobre su hasta entonces incómodo fantasma, la alemana Steffi Graf, en la final del millonario torneo de Boca Raton, permitió compartir una ráfaga de alivio luego de que la muerte, la violencia y la sospecha se enseñorearan con otros ídolos. "Con su ropa multicolor, vincha de guerrero, pelo largo y festejos futboleros, Guillermo Vilas le quitó al tenis ese halo de elitismo simbolizado en la blanca estampa de Enrique Morea", dice en este suplemento Ezequiel Fernández Moores, refiriéndose a ese hombre que convirtió al tenis en el segundo deporte argentino. Gabriela Sabatini —ahora bautizada por los medios como la "piba del pueblo"— es definida por María Moreno como "esa virgen de túnica plisada" y como "una amazona que constituye un toque de optimismo a nuestro imaginario sexual". Por su parte, Juan Sasturain plantea, a través de un partido de dobles mixtos, varias posibles metáforas, entre ellas la del melancólico abismo generacional.

LA JOVEN AMAZONA

Por María Moreno

A la gran muñeca: el tango, siempre angurriento de todo fracaso, la adivinaba como una venganza. Gabriela Sabatini, la virgen de túnica plisada, el mayor Edipo rentable de los últimos tiempos, ha vencido a la número uno de las niñas aceitadas para ganar, Steffi Graf. La gente suspira aliviada ante un mito con nada de rigor mortis. "La piba del pueblo" titula *El Gráfico*, mientras *Crónica* no cesa de hablarle en segunda persona al estilo "Grande, Gabita" o "Gaby, corazón" como un padre que chochea desde la tribuna. Y el mito echa a rodar sus frases hechas. Primero las desgranadas entre lamentos progres embebidos en psicopedagogía y levantados en nombre de los niños prodigios vendidos como esclavos por la ambición paterna.

Como si los chicos de la calle a quienes se los saca de allí para sacarlos de la vista, los hacinados del CBC, los nómades fumadores de porros o los burgueses pequeños cuyo deseo se cuadricula entre la escuela de doble turno, el psicólogo y el taller de ciencia, fueran menos presos de la policía de la familia. El stress, la caída en picada o el amor loco saca de la pista a los prodigios que sencillamente no pueden soportarlo. Y Gabriela no es el Palma que se soñaba escritor mientras empezaba a recibir demasiadas piñas, en nada se parece al Pinocho manipulado por Papá Geppetto, basta mirar esa mueca de gata encrespada con que reconoce sus metidas de pata, la fuerza de ese puño que levanta apretado cuando ve rebotar la pelotita sobre el piso, del otro lado de la red. Piazzolla empezó temprano, Raquel Rosetti empezó temprano y si Pierino Gamba no es Zubin Mehta no es sólo porque fue muy pronto asombrosamente bueno donde otros chamboneaban. Sólo en el tango psicobolche se recuerdan los narcóticos que Hollywood ponía en la copa de la niña Judy Garland, y, créanme, fue mejor para Lorena Paola ser la pequeña psicópata de la tele que la gorda a quien la clase toma de punto.

Hay más lamentos progres, esta vez por la niña cautiva que se pierde los franeleos en el zaguán, a quien el entrenamiento a destajo protege del desflorador de cuarenta años y lengua florida. Y el tango psicobolche vuelve a atizar sus creencias: A Perón se lo suponía más allá del deseo, a pesar de las chicas de la UES que en los sueños gorilas le buscaban billetitos en los bolsillos del saco. De Gardel se aplaudía una seducción abstracta y pura espuma, a Borges se le compadecían el matrimonio blanco con Doña Leonor y alguna luna de miel limitada a la lectura en voz alta. Como si un Freud de dos por cuatro redujera la buena sublimación al renuncio de la carne. Como si el poder no implicara también poder mantener un secreto, el de la alcoba.

> El hincha proyecta en el crack sus sueños, sus deseos, sus aspiraciones, y también sus temores y sus fobias: el crack es un semidiós que realiza todo lo que los simples mortales no pueden hacer, es sobre todo el que ha adquirido fama y dinero sin necesidad de trabajar... El crack encarna en su figura la identificación de los pobres sin conciencia política, que sólo conciben un cambio en su situación, mediante la absurda generosidad del azar, cumpliendo sin esfuerzos el sueño de Cenicienta (Juan José Sebreli, *Fútbol y masas*).

TELAM

Un machaje rencoroso advierte en Gabriela una creciente "virilización", hace ojitos ante la evidente simpatía que Martina Navratilova parece sentir por esta cachorra tozuda. Macanas. En este país se confunde fácilmente a una mujer que se ha puesto cómoda con una lesbiana. Sencillamente Gabriela no se aviene al modelo incomodísimo de la ninfette con escoliosis tapizada de deneem, de la virgen laica que integra el coro de Pepsi o la educanda cholula que mecanografía las zonceras de un geronte sesentista. Desecha las medallitas supersticiosas que cuelgan del cuello de Steffi Graf que golpetean su pecho a cada saque, pero también el hierro que Martina se ha traído de detrás de la Cortina. Sabe, como Stephanie de Mónaco, que la femineidad no se circunscribe a tener un globo Mongolfield repetido en tres partes del cuerpo y una boca diseñada para la succión de frutas y hortalizas.

En un país donde las figuras públicas femeninas tienen la amplitud poco sexy de la Madre Tierra —la Negra Sosa o Hebe de Bonafini— no sé si una joven amazona constituye un toque de optimismo a nuestro imaginario sexual. Si la blancura del traje de tenis —símbolo de la libertad femenina en las propagandas de tampones—, la timidez de una nena de papá, la promoción de una castidad prolongada no constituyen la renovación de nuestra pacatería. Pero es más vital que sea ella quien hoy suplante en los sueños del pueblo a un sospechoso de asesinato y por lo menos golpeador, a un violador de menores, a un cómico que se tira por una ventana y a quien, hasta hace poco, una prensa que hoy se mesa los cabellos acosaba con la imagen del marido engañado. Porque, a pesar de la necrofilia y la mala leche, tan de nuestros amores, no está escrito que a Gabrielita vaya a pasarle alguna desgracia —cuánta felicidad hay sin castigo, cuánto poder sin muerte—, salvo enamorarse de un atorrante de Los Vergara o grabar un disco con maullidos.

Pero hay algo realmente gracioso: contra los espejismos viriles simpre más interesados por la prosapia a la chequera del padre que por las gracias de la hija, ávidos de alguna princesa agrícola-ganadera o por lo menos alfonsinista, el señor Sabatini, hasta ahora tutor de una ponchada de dólares, aunque todos tengan ganas de decirle "pasala" como en el fútbol, *no pasa la nena*. Ella prefiere ese pasional "entre nosotras" que consiste en intercambiarse una pelotita de mujer a mujer. Y por ahora no creo que haya un donador suburbano capaz de superar con su performance ese goce.



UN VAGO DE DOLA

Por Ezequiel Fernández Moores

"Mami, mami, mirá cuántos chocolatines me puedo comprar", le dijo a su madre una nena de físico esmirriado de apenas 12 años que en 1982 acababa de cobrar un cheque de 500 pesos al conquistar su primer torneo profesional. Dos años después, esa misma nena empezó a viajar por el mundo y en sólo tres temporadas acumuló una fortuna de 5 millones de dólares que seguramente le permitiría comprar algo más que unos cuantos chocolatines. La nena es, obviamente, Gabriela Sabatini, la heredera de Guillermo Vilas que encontró la industria vernácula para mantener al tenis como el segundo deporte de los argentinos, con una cifra que trepa a los 2 millones de practicantes.

Con su ropa multicolor, vincha de guerrero, pelo largo y festejos futboleros, Vilas le quitó al tenis ese halo de elitismo simbolizado en la blanca y noble estampa de Enrique Morea. En 1968 el tenis admitió en forma pública a los profesionales —los pagos eran antes "en negro"— y en la segúnda mitad de los 70 el fenómeno provocado por los triunfos de Vilas dio paso al crecimiento de una industria que encontró amplia aceptación en los sectores de la clase media argentina.

Un nuevo fenómeno, el de Gabriela Sabatini, llevó al diario *Clarín* a traducir en cifras el negocio a mediados del '86: 1) Casi 2 millones de personas juegan al tenis, 2) sólo una entre las firmas líderes de calzado deportivo vende 4 millones de pares de zapatillas al año, 3) el total de empresas dedicadas a la indumentaria deportiva supera el medio centenar, 4) cada comercio especializado vende un promedio de doce raquetas diarias y el consumo de pelotas asciende a 750 mil tubos por año (cada tubo contiene tres), 5) la construcción de canchas aumentó en un mil por ciento en los últimos diez años. Unicamente en la Capital y el Gran Buenos Aires se construyeron 220 centros privados, hay otras 1200 canchas pertenecientes a clubes y 65 más en centros municipales y 6) se publicaron más de cincuenta libros de enseñanza, se editan tres revistas especializadas y ahora también se venden partidos y clases "persona a persona" en casetes de video.

Claro que tan espectacular y tal vez desproporcionado crecimiento no pudo escapar a la crisis y ya sobre el final del año pasado se revelaba que los centros privados de alquiler de canchas habían bajado de un 30 a un 50 por ciento su rendimiento, mientras que los empresarios advertían que resultaba imposible organizar un certamen de jerarquía internacional si —apagada la figura de Vilas— no se aseguraba al menos la presencia de Gabriela.

En tanto, en el alto nivel internacional —impulsados por las hazañas y ganancias millonarias de Vilas— una veintena de argentinos compite hoy en los torneos más importantes del circuito profesional, que se juega en un 70 por ciento en ciudades de Es-

¡QUÉ LINDO ES ESTO DE TENER UN ÍDOLO FEMENINO, EH!

LA JOVEN AMAZONA

Por María Moreno

A la gran muñeca: el tango, siempre angurriento de todo fracaso, la adivinaba como una venganza. Gabriela Sabatini, la virgen de túnica plisada, el mayor Edipo rentable de los últimos tiempos, ha vencido a la número uno de las niñas aceitadas para ganar, Steffi Graf. La gente suspira aliviada ante un mito con nada de rigor mortis. "La piba del pueblo" titula *El Gráfico*, mientras *Crónica* no cesa de hablarle en segunda persona al estilo "Grande, Gabita" o "Gaby, corazón" como un padre que chochea desde la tribuna. Y el mito echa a rodar sus frases hechas. Primero las desgranadas entre lamentos progres embebidos en psicopedagogía y levantados en nombre de los niños prodigios vendidos como esclavos por la ambición paterna.

Como si los chicos de la calle a quienes se los saca de allí para sacarlos de la vista, los hacinados del CBC, los nómades fumadores de porros o los burgueses pequeños cuyo deseo se cuadricula entre la escuela de doble turno, el psicólogo y el taller de ciencia, fueran menos presos de la policía de la familia. El stress, la caída en picada o el amor loco saca de la pista a los prodigios que sencillamente no pueden soportarlo. Y Gabriela no es el Palma que se soñaba escritor mientras empezaba a recibir demasiadas piñas, en nada se parece al Pinocho manipulado por Papá Geppetto, basta mirar esa mueca de gata encrespada con que reconoce sus metidas de pata, la fuerza de ese puño que levanta apretado cuando ve rebotar la pelotita sobre el piso, del otro lado de la red. Piazzolla empezó temprano, Raquel Rosetti empezó temprano y si Pierino Gamba no es Zubin Mehta no es sólo porque fue muy pronto asombrosamente bueno donde otros chamboneaban. Sólo en el tango psicobolche se recuerdan los narcóticos que Hollywood ponía en la copa de la niña Judy Garland, y, créanme, fue mejor para Lorena Paola ser la pequeña psicópata de la tele que la gorda a quien la clase toma de punto.

Hay más lamentos progres, esta vez por la niña cautiva que se pierde los franeleos en el zaguán, a quien el entrenamiento a destajo protege del desflorador de cuarenta años y lengua florida. Y el tango psicobolche vuelve a atizar sus creencias: A Perón se lo suponía más allá del deseo, a pesar de las chicas de la UES que en los sueños gorilas le buscaban billetitos en los bolsillos del saco. De Gardel se aplaudía una seducción abstracta y pura espuma, a Borges se le compadecían el matrimonio blanco con Doña Leonor y alguna luna de miel limitada a la lectura en voz alta. Como si un Freud de dos por cuatro redujera la buena sublimación al renuncio de la carne. Como si el poder no implicara también poder mantener un secreto, el de la alcoba.

> El hincha proyecta en el crack sus sueños, sus deseos, sus aspiraciones, y también sus temores y sus fobias: el crack es un semidiós que realiza todo lo que los simples mortales no pueden hacer, es sobre todo el que ha adquirido fama y dinero sin necesidad de trabajar... El crack encarna en su figura la identificación de los pobres sin conciencia política, que sólo conciben un cambio en su situación, mediante la absurda generosidad del azar, cumpliendo sin esfuerzos el sueño de Cenicienta (Juan José Sebreli, *Fútbol y masas*).

Un machaje rencoroso advierte en Gabriela una creciente "virilización", hace ojitos ante la evidente simpatía que Martina Navratilova parece sentir por esta cachorra tozuda. Macanas. En este país se confunde fácilmente a una mujer que se ha puesto cómoda con una lesbiana. Sencillamente Gabriela no se aviene al modelo incomodísimo de la ninfette con escoliosis tapizada de deneem, de la virgen laica que integra el coro de Pepsi o la educanda cholula que mecanografía las zonceras de un geronte sesentista. Desecha las medallitas supersticiosas que cuelgan del cuello de Steffi Graf que golpetean su pecho a cada saque, pero también el hierro que Martina se ha traído de detrás de la Cortina. Sabe, como Stephanie de Mónaco, que la femineidad no se circunscribe a tener un globo Mongolfield repetido en tres partes del cuerpo y una boca diseñada para la succión de frutas y hortalizas.

En un país donde las figuras públicas femeninas tienen la amplitud poco sexy de la Madre Tierra —la Negra Sosa o Hebe de Bonafini— no sé si una joven amazona constituye un toque de optimismo a nuestro imaginario sexual. Si la blancura del traje de tenis —símbolo de la libertad femenina en las propagandas de tampones—, la timidez de una nena de papá, la promoción de una castidad prolongada no constituyen la renovación de nuestra pacatería. Pero es más vital que sea ella quien hoy suplante en los sueños del pueblo a un sospechoso de asesinato y por lo menos golpeador, a un violador de menores, a un cómico que se tira por una ventana y a quien, hasta hace poco, una prensa que hoy se mesa los cabellos acosaba con la imagen del marido engañado. Porque, a pesar de la necrofilia y la mala leche, tan de nuestros amores, no está escrito que a Gabrielita vaya a pasarle alguna desgracia —cuánta felicidad hay sin castigo, cuánto poder sin muerte—, salvo enamorarse de un atorrante de Los Vergara o grabar un disco con maullidos.

Pero hay algo realmente gracioso: contra los espejismos viriles simpre más interesados por la prosapia a la chequera del padre que por las gracias de la hija, ávidos de alguna princesa agrícola-ganadera o por lo menos alfonsinista, el señor Sabatini, hasta ahora tutor de una ponchada de dólares, aunque todos tengan ganas de decirle "pasala" como en el fútbol, *no pasa la nena*. Ella prefiere ese pasional "entre nosotras" que consiste en intercambiarse una pelotita de mujer a mujer. Y por ahora no creo que haya un donador suburbano capaz de superar con su performance ese goce.

TELAM



TELAM

UN VAGON DE DOLARES

Por Ezequiel Fernández Moores

Mami, mami, mirá cuántos chocolatines me puedo comprar", le dijo a su madre una nena de físico esmirriado de apenas 12 años que en 1982 acababa de cobrar un cheque de 500 pesos al conquistar su primer torneo profesional. Dos años después, esa misma nena empezó a viajar por el mundo y en sólo tres temporadas acumuló una fortuna de 5 millones de dólares que seguramente le permitiría comprar algo más que unos cuantos chocolatines. La nena es, obviamente, Gabriela Sabatini, la heredera de Guillermo Vilas que encontró la industria vernácula para mantener al tenis como el segundo deporte de los argentinos, con una cifra que trepa a los 2 millones de practicantes.

Con su ropa multicolor, vincha de guerrero, pelo largo y festejos futboleros, Vilas le quitó al tenis ese halo de elitismo simbolizado en la blanca y noble estampa de Enrique Morea. En 1968 el tenis admitió en forma pública a los profesionales —los pagos eran antes "en negro"— y en la segúnda mitad de los 70 el fenómeno provocado por los triunfos de Vilas dio paso al crecimiento de una industria que encontró amplia aceptación en los sectores de la clase media argentina.

¡QUÉ LINDO ES ESTO DE TENER UN ÍDOLO FEMENINO, EH!

Un nuevo fenómeno, el de Gabriela Sabatini, llevó al diario *Clarín* a traducir en cifras el negocio a mediados del '86: 1) Casi 2 millones de personas juegan al tenis, 2) sólo una entre las firmas líderes de calzado deportivo vende 4 millones de pares de zapatillas al año, 3) el total de empresas dedicadas a la indumentaria deportiva supera el medio centenar, 4) cada comercio especializado vende un promedio de doce raquetas diarias y el consumo de pelotas asciende a 750 mil tubos por año (cada tubo contiene tres), 5) la construcción de canchas aumentó en un mil por ciento en los últimos diez años. Unicamente en la Capital y el Gran Buenos Aires se construyeron 220 centros privados, hay otras 1200 canchas pertenecientes a clubes y 65 más en centros municipales y 6) se publicaron más de cincuenta libros de enseñanza, se editan tres revistas especializadas y ahora también se venden partidos y clases "persona a persona" en casetes de video.

Claro que tan espectacular y tal vez desproporcionado crecimiento no pudo escapar a la crisis y ya sobre el final del año pasado se revelaba que los centros privados de alquiler de canchas habían bajado de un 30 a un 50 por ciento su rendimiento, mientras que los empresarios advertían que resultaba imposible organizar un certamen de jerarquía internacional si —apagada la figura de Vilas— no se aseguraba al menos la presencia de Gabriela.

En tanto, en el alto nivel internacional —impulsados por las hazañas y ganancias millonarias de Vilas— una veintena de argentinos compite hoy en los torneos más importantes del circuito profesional, que se juega en un 70 por ciento en ciudades de Estados Unidos. Pocos saben que otro centenar de argentinos rechazaron el Grand Prix profesional —donde deberían costearse pasajes en avión y hoteles lujosos— para jugar en pequeñas ciudades de Francia, España o Portugal, viajando y durmiendo en automóviles alquilados, comiendo poco y mal y retornando al país con una diferencia que puede ir de mil a 30 mil dólares por temporada.

Estos jóvenes —verdaderos gitanos de la raqueta— prefieren ese trajín antes que someterse al salvajismo del Grand Prix, donde todas las semanas aparecen jóvenes sedientos de dinero y gloria fugaz —"kamikazes, una nueva generación de oficinistas", protesta Vilas—, que han convertido al circuito profesional de tenis en una fría computadora de rankings y ganancias, donde ya nadie tiene en cuenta el nivel del juego, sino la importancia de las victorias.

Y a este mundo ingresó a los 14 años Gabriela Sabatini. Inmediatamente, la Corporación británica Proserv venció a la International Management Group y compró los derechos para comercializar la figura de Gabriela. En 1985 se ubicó entre las diez mejores del mundo, en tanto aquí resultaba escogida como "la mujer argentina", superando en la votación a Norma Aleandro, Magdalena Ruiz Guiñazú, Alicia Moreau de Justo y Amalia Fortabat, entre otras. Ese mismo año, el prestigioso *Le Monde* le dedicaba un enorme espacio en sus páginas, para afirmar que "diez revistas norteamericanas han puesto su figura en tapa", tal vez como ejemplar exótico de un país sudamericano más conocido por sus triunfos en el fútbol.

> Los ídolos de las masas manejadas sólo poseen rasgos aparentemente individuales, pues en realidad son productos de su propia propaganda, funciones de procesos sociales. La glorificación de las producciones deportivas individuales sólo se pone en apariencia al servicio del desarrollo de la individualidad; en realidad robustece las coerciones sociales que se le oponen (Gerhard Vinnai, *El fútbol como ideología*).



Pero en el '86 Gabriela —si bien se mantuvo entre las diez primeras— no registró avances significativos, por lo que su entrenador, el chileno Patricio Apey —que tenía previsto un trabajo metódico, que según él debía cristalizarse recién en 1989 o en el '90— fue despedido por presiones de la firma Proserv. Su reemplazante fue el español Angel Giménez, considerado ahora el hombre clave en los fulminantes progresos de Gaby.

"Gabriela —dijo hace tres meses el chileno Apey— está lista para ser la número uno. Pero a mí me gustaría verla en esa posición durante diez años, no una o dos temporadas. No quiero definir métodos de trabajo, pero yo tengo una posición muy particular, que va más allá del tenis: la filosofía de ser feliz. Creo que a Gaby —terminó advirtiendo— le hace falta un entorno más juvenil, para que el suceso no derrote a la alegría".

También por aquellos mismos días el ex jugador y actual entrenador del tenis norteamericano Arthur Ashe alertaba sobre el estilo de juego de Gabriela y decía que "le va a ir muy bien mientras tenga mucho entusiasmo y muy buen estado físico. Sería muy interesante ver si puede seguir jugando después de los 25 años".

El español Giménez respondió inmediatamente que Gabriela "está trabajando físicamente lo necesario para fortalecer su musculatura". Y para quienes se asombraron por el impresionante crecimiento físico de la adolescente, el preparador físico Omar Carminatti aseguró que "acá no hay nada artificialmente desarrollado, todo es natural".

El ingreso masivo de genios púberes en el tenis competitivo provocó como contrapartida la saturación a edades cada vez más tempranas. El sueco Bjorn Borg y el argentino José Luis Clerc —por citar sólo dos casos— se retiraron hartos —y también millonarios— a los 26 años y el norteamericano John McEnroe amenaza convertirse en otro "jubilado" a los 27. El caso de Vilas —que a los 35 años se sigue entrenando como si tuviera 20— reviste características más especiales, que pueden explicarse tal vez analizando las enormes dificultades del divo para asumir el ocaso.

Que Europa desplazó definitivamente a Estados Unidos en la hegemonía del tenis mundial se comprueba en la invasión de suecos pos-Borg, el reinado del checoslovaco Ivan Lendl y el boom que experimentó el juego en Alemania Federal, a partir de la aparición de Boris Becker (el más joven ganador de Wimbledon, a los 17 años) y de Steffi Graf. El tenis ha desplazado allí al fútbol como deporte número uno y fue una multinacional alemana —Adidas— la que presionó para que el otrora deporte blanco y sus estrellas profesionales puedan competir en los próximos Juegos Olímpicos de Seúl.

El domingo pasado —cuando Gabriela vencía a Graf en Estados Unidos— en algunas canchas de fútbol de Buenos Aires —donde se estaban jugando partidos del campeonato oficial— los aficionados festejaron con un grito de asombro. Al día siguiente, la revista *El Gráfico*, que tradicionalmente reserva su tapa para jugadores de Boca, River o algún otro "grande" del fútbol que asegure una buena venta, decidió dedicarle la portada a Sabatini. El título decía: "Gabriela, la piba del pueblo".

DOBLE MIXTO



Por Juan Sasturain

Estás dos cuatro en el tercero y con el saque. El primero, en la red y ahí va el segundo, largo tal vez, *nop* confirma el alcahuete de la gorrita blanca y cero treinta. Tranquila nena. Doble falta no, que queda feo, te achica la cancha al otro lado, te agranda a la grandota, esa alemana checa/ yanqui imperturbable que devuelve todo. Ahora te mordés el labio inferior de secundario, puteás bajito y el viento de Flushing/ Roland Garros o Bastaad te levanta la pollerita en cualquier idioma, mete mano entre tus piernas, "las más largas o nuestras del circuito" y hay humo/ polvo de ladrillo en tus ojos beiby/ Geiby te canto al oído, tenso en cuello cuanto te empinás y allá va, de izquierda a derecha y entró el hiio de puta y viene el revés paralelo de la checa o alemana cuando el viento de Banana Bowl o las brisas de Boca Raton hace olitas sobre mi imagen, te movés sobre una sábana arrugada, mi pantalla en blanco y negro te saca/ me saca del partido y ahora ya no te veo el sudor de la nuca o el detalle de los triceps de muchachito sino apenas el rumor, los golpes apagados y el borrón más claro que mete ese palazo, la corrida y el smash que pica fuerte y desparrama a la holandesa/ rusa/ brasileña contra la lona del fondo. Hay aplausos y cuarenta iguales dice el locutor.

Así, así te digo mientras toco la antena y te siento mejorar, ganar confianza bajo mi mirada, ganar definición aunque ha desaparecido la pelotita entre tanto aparatoso fantasma y las dos van y vienen golpeando en el aire como en *Blow up* de Antonioni: hay un abismo entre la tecnología sutil del satélite y mi tosco blanco y negro mal herido de lámparas, entre Antonioni-Cortázar de mis sesenta y tus Sting-Robocop tan eficaces. Eso es, ahí te tengo: ponéle la cortada a la yugoslava que se queda arando el piso con la Dunlop, una palita infructuosa para recoger tanta belleza. No te van/ no me van a comparar la sutileza, ponerla ahí, justito ahí como la veo, como te enseñé en la repetición de cámara lenta con tu saltito que celebra la ventaja y ahora el *ace*, el eis, el primer saque y la tenés, corazón; entrecerrále tus ojos de cazador, metéle un pelotazo entre las cejas a la Martina, desparramále los lentes pero justo, justo ahí hay un zumbido y todo desaparece, se atomiza a Tokio/ Hamburgo por un instante y cuando vuelve hay una alforza en la red, a la derecha, como si alguien tirara del otro extremo y la quisiera sacar, todo se mueve en pantalla y es seguro el *umpire* noruego o lo que sea que nos quiere joder, está probado, pegue nena, y la devolución de la sueca es corta, un golpe falso, contaminado de marco que hace *tuang* y queda ahí, en la red, y es gol en contra, gueim Sabatini, tres cuatro en el tercero, sacan ellos/ ella, dejáme que te alcance la toallita.

Ahora vienen los autos, los fasos, las zapatillas de las multi y aprovecho para estirar las patas, hago precalentamiento para estar entero, listo en el octavo gueim que ya no tengo dudas, ganaremos. Vos y yo no podríamos/ podremos perder, Gaby. Hacemos un doble mixto desparejo, equilibrado —vos que vas, yo estoy de vuelta— en que yo te explico/ explicaría el peronismo, los años del proceso y vos el *top spin*, yo aportaría la autoridad que da el fracaso y vos esa volea segura sacada desde el fondo de la infancia tan cercana. Y me le animo a Reagan-Evert o Navratilova-Sourrouille o los que rayen. Después me darías un beso con *slice* en ángulo libre de la mejilla barbuda, un toquecido desde arriba en la pelada a lo Benny Hill y pasaríamos a recibir la copa vía satélite.

Pero ahora no. Ahora concentráte en esa devolución larga, jugás al revés, así, bien nena. Y andá a la red que yo te cuido. Andá nomás, no vuelvas tarde.

> El héroe nace milagrosamente y muere bien a manos de otro que le da muerte, bien inmolándose por otros a los que da su muerte. En todo supuesto, el héroe no usufructa su muerte y no se marcha con ella. Este desafío narcisista y autónomo es tan fuerte que muchos aficionados se arremolinan a la salida del campo, con el propósito de tocar y entrar en el ídolo... El aficionado en tensión quiere ser relevado de su deuda, de su sempiterna culpa de deudor abriendo las ropas del héroe y participando en su excelencia, pero el héroe protegido pasa entonces mascando chicle, con su bolsa de deportes en una mano y subiendo con desdén al autopullman. Expectantes, decenas de aficionados le ponen encima de su pelo, muy peinado, la mirada de seres en déficit perenne (Vicente Verdú, *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*).



TELAM

ON

RES

tados Unidos. Pocos saben que otro centenar de argentinos rechazaron el Grand Prix profesional —donde deberían costearse pasajes en avión y hoteles lujosos— para jugar en pequeñas ciudades de Francia, España o Portugal, viajando y durmiendo en automóviles alquilados, comiendo poco y mal y retornando al país con una diferencia que puede ir de mil a 30 mil dólares por temporada.

Estos jóvenes —verdaderos gitanos de la raqueta— prefieren ese trajín antes que someterse al salvajismo del Grand Prix, donde todas las semanas aparecen jóvenes sedientos de dinero y gloria fugaz —"kamikazes, una nueva generación de oficinistas", protesta Vilas—, que han convertido al circuito profesional de tenis en una fría computadora de rankings y ganancias, donde ya nadie tiene en cuenta el nivel del juego, sino la importancia de las victorias.

Y a este mundo ingresó a los 14 años Gabriela Sabatini. Inmediatamente, la Corporación británica Proserv venció a la International Management Group y compró los derechos para comercializar la figura de Gabriela. En 1985 se ubicó entre las diez mejores del mundo, en tanto aquí resultaba escogida como "la mujer argentina", superando en la votación a Norma Aleandro, Magdalena Ruiz Guiñazú, Alicia Moreau de Justo y Amalia Fortabat, entre otras. Ese mismo año, el prestigioso *Le Monde* le dedicaba un enorme espacio en sus páginas, para afirmar que "diez revistas norteamericanas han puesto su figura en tapa", tal vez como ejemplar exótico de un país sudamericano más conocido por sus triunfos en el fútbol.

Pero en el '86 Gabriela —si bien se mantuvo entre las diez primeras— no registró avances significativos, por lo que su entrenador, el chileno Patricio Apey —que tenía previsto un trabajo metódico, que según él debía cristalizarse recién en 1989 o en el '90— fue despedido por presiones de la firma Proserv. Su reemplazante fue el español Angel Giménez, considerado ahora el hombre clave en los fulminantes progresos de Gaby.

"Gabriela —dijo hace tres meses el chileno Apey— está lista para ser la número uno. Pero a mí me gustaría verla en esa posición durante diez años, no una o dos temporadas. No quiero definir métodos de trabajo, pero yo tengo una posición muy particular, que va más allá del tenis: la filosofía de ser feliz. Creo que a Gaby —terminó advirtiendo— le hace falta un entorno más juvenil, para que el suceso no derrote a la alegría".

También por aquellos mismos días el ex jugador y actual entrenador del tenis norteamericano Arthur Ashe alertaba sobre el estilo de juego de Gabriela y decía que "le va a ir muy bien mientras tenga mucho entusiasmo y muy buen estado físico. Sería muy interesante ver si puede seguir jugando después de los 25 años".

El español Giménez respondió inmediatamente que Gabriela "está trabajando físicamente lo necesario para fortalecer su musculatura". Y para quienes se asombraron por el impresionante crecimiento físico de la adolescente, el preparador físico Omar Carminatti aseguró que "acá no hay nada artificialmente desarrollado, todo es natural".

El ingreso masivo de genios púberes en el tenis competitivo provocó como contrapartida la saturación a edades cada vez más tempranas. El sueco Bjorn Borg y el argentino José Luis Clerc —por citar sólo dos casos— se retiraron hartos —y también millonarios— a los 26 años y el norteamericano John McEnroe amenaza convertirse en otro "jubilado" a los 27. El caso de Vilas —que a los 35 años se sigue entrenando como si tuviera 20— reviste características más especiales, que pueden explicarse tal vez analizando las enormes dificultades del divo para asumir el ocaso.

Que Europa desplazó definitivamente a Estados Unidos en la hegemonía del tenis mundial se comprueba en la invasión de suecos pos-Borg, el reinado del checoslovaco Ivan Lendl y el boom que experimentó el juego en Alemania Federal, a partir de la aparición de Boris Becker (el más joven ganador de Wimbledon, a los 17 años) y de Steffi Graf. El tenis ha desplazado allí al fútbol como deporte número uno y fue una multinacional alemana —Adidas— la que presionó para que el otrora deporte blanco y sus estrellas profesionales puedan competir en los próximos Juegos Olímpicos de Seúl.

El domingo pasado —cuando Gabriela vencía a Graf en Estados Unidos— en algunas canchas de fútbol de Buenos Aires —donde se estaban jugando partidos del campeonato oficial— los aficionados festejaron con un grito de asombro. Al día siguiente, la revista *El Gráfico*, que tradicionalmente reserva su tapa para jugadores de Boca, River o algún otro "grande" del fútbol que asegure una buena venta, decidió dedicarle la portada a Sabatini. El título decía: "Gabriela, la piba del pueblo".

Los ídolos de las masas manejadas sólo poseen rasgos aparentemente individuales, pues en realidad son productos de su propia propaganda, funciones de procesos sociales. La glorificación de las producciones deportivas individuales sólo se pone en apariencia al servicio del desarrollo de la individualidad; en realidad robustece las coerciones sociales que se le oponen (Gerhard Vinnai, *El fútbol como ideología*).



DOBLE MIXTO

Por Juan Sasturain

Estás dos cuatro en el tercero y con el saque. El primero, en la red y ahí va el segundo, largo tal vez, *nop* confirma el alcahuete de la gorrita blanca y cero treinta. Tranquila nena. Doble falta no, que queda feo, te achica la cancha al otro lado, te agranda a la grandota, esa alemana checa/ yanqui imperturbable que devuelve todo. Ahora te mordés el labio inferior de secundario, puteás bajito y el viento de Flushing/ Roland Garros o Bastaad te levanta la pollerita en cualquier idioma, mete mano entre tus piernas, "las más largas o nuestras del circuito" y hay humo/ polvo de ladrillo en tus ojos beiby/ Geiby te canto al oído, tenso en cuello cuanto te empinás y allá va, de izquierda a derecha y entró el hijo de puta y viene el revés paralelo de la checa o alemana cuando el viento de Banana Bowl o las brisas de Boca Raton hace olitas sobre mi imagen, te movés sobre una sábana arrugada, mi pantalla en blanco y negro te saca/ me saca del partido y ahora ya no te veo el sudor de la nuca o el detalle de los triceps de muchachito sino apenas el rumor, los golpes apagados y el borrón más claro que mete ese palazo, la corrida y el smash que pica fuerte y desparrama a la holandesa/ rusa/ brasileña contra la lona del fondo. Hay aplausos y cuarenta iguales dice el locutor.

Así, así te digo mientras toco la antena y te siento mejorar, ganar confianza bajo mi mirada, ganar definición aunque ha desaparecido la pelotita entre tanto aparatoso fantasma y las dos van y vienen golpeando en el aire como en *Blow up* de Antonioni: hay un abismo entre la tecnología sutil del satélite y mi tosco blanco y negro mal herido de lámparas, entre Antonioni-Cortázar de mis sesenta y tus Sting-Robocop tan eficaces. Eso es, ahí te tengo: ponéle la cortada a la yugoslava que se queda arando el piso con la Dunlop, una palita infructuosa para recoger tanta belleza. No te van/ no me van a comparar la sutileza, ponela ahí, justito ahí como la veo, como te enseñé en la repetición de cámara lenta con tu saltito que celebra la ventaja y ahora el *ace*, el eis, el primer saque y la tenés, corazón; entrecerrále tus ojos de cazador, metéle un pelotazo entre las cejas a la Martina, desparramále los lentes pero justo, justo ahí hay un zumbido y todo desaparece, se atomiza a Tokio/ Hamburgo por un instante y cuando vuelve hay una alforza en la red, a la derecha, como si alguien tirara del otro extremo y la quisiera sacar, todo se mueve en pantalla y es seguro el *umpire* noruego o lo que sea que nos quiere joder, está probado, pegue nena, y la devolución de la sueca es corta, un golpe falso, contaminado de marco que hace *tuang* y queda ahí, en la red, y es gol en contra, gueim Sabatini, tres cuatro en el tercero, sacan ellos/ ella, dejáme que te alcance la toallita.

Ahora vienen los autos, los fasos, las zapatillas de las multi y aprovecho para estirar las patas, hago precalentamiento para estar entero, listo en el octavo gueim que ya no tengo dudas, ganaremos. Vos y yo no podríamos/ podremos perder, Gaby. Hacemos un doble mixto desparejo, equilibrado —vos que vas, yo estoy de vuelta— en que yo te explico/ explicaría el peronismo, los años del proceso y vos el *top spin*, yo aportaría la autoridad que da el fracaso y vos esa volea segura sacada desde el fondo de la infancia tan cercana. Y me le animo a Reagan-Evert o Navratilova-Sourrouille o los que rayen. Después me darías un beso con *slice* en ángulo libre de la mejilla barbuda, un toquecido desde arriba en la pelada a lo Benny Hill y pasaríamos a recibir la copa vía satélite.

Pero ahora no. Ahora concentráte en esa devolución larga, jugás al revés, así, bien nena. Y andá a la red que yo te cuido. Andá nomás, no vuelvas tarde.

El héroe nace milagrosamente y muere bien a manos de otro que le da muerte, bien inmolándose por otros a los que da su muerte. En todo supuesto, el héroe no usufructa su muerte y no se marcha con ella. Este desafío narcisista y autónomo es tan fuerte que muchos aficionados se arremolinan a la salida del campo, con el propósito de tocar y entrar en el ídolo... El aficionado en tensión quiere ser relevado de su deuda, de su sempiterna culpa de deudor abriendo las ropas del héroe y participando en su excelencia, pero el héroe protegido pasa entonces mascando chicle, con su bolsa de deportes en una mano y subiendo con desdén al autopullman. Expectantes, decenas de aficionados le ponen encima de su pelo, muy peinado, la mirada de seres en déficit perenne (Vicente Verdú, *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*).

LOS IDOLOS



Por Enrique Pichon Rivière y Ana Pampliega de Quiroga

El ídolo es un personaje necesitado psicológicamente durante el curso del proceso de desarrollo en el que sirve como elemento o pantalla de protección de un objeto interno idealizado, que encarna las aspiraciones del sujeto, y que cumple una función protectora frente al constante acecho de sus miedos básicos.

A través de ese fenómeno de identificación con el ídolo, el sujeto adquiere una pertenencia a un grupo determinado, lo que permite una ubicación en un contexto en que el héroe ejerce un liderazgo a distancia. La adolescencia, etapa marcada por la adhesión ferviente a los ídolos, se desarrolla a través de un incesante intercambio de ellos. Podemos decir que cada hombre está habitado por varios ídolos que varían de acuerdo con la orientación de sus intereses, su status, etc.

El ídolo es algo más que un personaje determinado: es un rol social cuya función consiste en asumir y gratificar aspiraciones colectivas. Cuanto mayor es la coincidencia entre estas aspiraciones y el comportamiento del sujeto-ídolo, más intensa es la adhesión que despierta. Pero si se llega a producir el más mínimo desajuste entre el rol adjudicado y el asumido, la idolatría muestra su reverso en una tremenda hostilidad proporcional sólo al grado de frustración sufrida.

La figura idealizada emerge como más necesaria en un contexto de crisis en el cual se desdibujan el padre y la madre. En este momento histórico, la juventud aparece como una nueva clase social que enfrenta las estructuras de un mundo adulto para señalar su fracaso. La autoridad de los ancianos ha sido desplazada por la figura del adulto, y el signo de la crisis es la entrada en escena del joven, casi del adolescente, en competencia con sus mayores.

El joven ve en ellos a personajes que han abandonado su función tradicional, y para quienes la tan mentada experiencia se convierte en un bagaje inútil y anacrónico. Aparece entonces una imposibilidad de idealización de esas figuras debilitadas. La sociedad revive. Se promociona todo lo nuevo, todo lo joven, en arte, en política, en ciencia.

Con la caída de la "gerontocracia" se inicia la búsqueda de figuras sustitutivas que se convierten en los modelos reconocidos por la cultura de masas.

En este medio, el niño pierde progresivamente la posibilidad de identificarse con su padre, y ese conflicto básico de imitación y rechazo, que recorre todo proceso de desarrollo, pierde vigencia. En su lugar emerge un sentimiento de vacío, de aburrimiento, de angustia. La vida parece no tener sentido, es necesario hacer una demanda —aunque sea inconsciente— hacia un padre ideal. Aparece entonces la búsqueda de ideologías y símbolos que representarán unas al padre y otras a la madre: la nación, la patria, la iglesia, el líder político.

Los modelos de identificación, las funciones de protección que han sido asignadas se desplazan del ámbito de las familias y del radio de acción del hombre maduro. Recaen entonces sobre los héroes de la cultura de masas, llamados a cumplir este rol de objeto idealizado.

El nuevo modelo es el de un ser humano en la desesperada búsqueda de su propia realización a través de la instrumentación del amor y del bienestar. La juventud y el presente se han convertido en el valor esencial de nuestro tiempo. La incapacidad de los que envejecen para hacerse cargo de él es otra de las causas de su eclipse.

Las interacciones existentes entre la cultura de masas y la adolescencia se caracterizan por ser intensas y caóticas.

El adolescente no está totalmente capacitado para seleccionar los modelos que los *mass media* le aportan continuamente, y que determinan en él distintas pautas de comportamiento. La debilidad de las figuras paternas vuelve a mostrarse a través de una escala de valores confusa e inconsistente, en la que las aspiraciones de libertad y riesgo se traducen en una actitud de rebeldía que puede llegar a convertirse en un sistema de vida al margen de la ley.

La rebelión de los jóvenes adquiere un lenguaje propio que se hace manifiesto a través de su vestimenta, su jerga, su música, sus diversiones, pero de un modo particular por medio de sus ídolos, portavoces del orden distinto al que aspiran.

La conducta de estos héroes, que se convierten en personajes míticos, no puede ser comprendida sino dentro del fenómeno de la idolatría. Su vida está determinada por esa relación con sus *fans*, quienes terminan por poseerlos completamente. Su éxito, de dimensiones casi inexplicables, exige un precio de dependencia total.

Su vida privada está al servicio de cientos de miles de seres, "siendo al mismo tiempo ideales inimitables y modelos imitables".

Los campeones se han convertido en los héroes de los tiempos modernos, en semidioses capaces de todas las proezas posibles. Los campeones están investidos con el deseo de omnipotencia que caracteriza al pensamiento mágico. En un universo en el que la mayoría de los individuos, dada su ubicación uniformizada en el proceso de producción, sólo pueden cumplir actos mediocres y estereotipados, el campeón representa la excepcional posibilidad de actuar libremente (Jean-Marie Bhrom, *Sociología política del Deporte*).

El campeón es, en cualquier caso, un eficaz propagador de la idea deportiva. Cuando mayor es su valor, más se amplía la audiencia entre las masas, y mejor sirve a la causa del deporte. El deporte sin sus campeones es tan inconcebible como la literatura sin sus escritores (Ensayo de la Doctrina de los Deportes de Francia).

Para una importante parte de la población los héroes más auténticos de los tiempos modernos son los campeones deportivos. Son puros, populares y sus esfuerzos no están amañados. Para la masa son los únicos cuyas proezas le parecen auténticas porque le resultan visibles y controlables (Georges Magnane, *Sociologie du Sport*).